

Celibato sacerdotal y sexualidad

Luis Beinarert, S. J.

¿Qué se pide con la abrogación del celibato?

El celibato sacerdotal ha sido, recientemente, puesto en tela de juicio. Yo quiero hacer una pregunta, cuya respuesta vale la pena estudiar, aunque suscite una serie tan grande de reacciones. ¿Qué piden, en realidad, los que desearían la abrogación del celibato sacerdotal?

Nos van a responder que se esperan dos cosas de la dispensa del celibato para el sacerdote: por una parte, que se asemeje así más éste a los demás hombres; por otra parte, que con ello encuentre la solución a cierto número de dificultades. Y se invoca en apoyo de la tesis a la psicología y al psicoanálisis que probarían que el celibato es posible para un número reducido de gentes, pero está contraindicado para la mayoría. Se exige, pues, el matrimonio de los sacerdotes

Luis Beinarert es un jesuita francés de merecido renombre en el campo de la psicología y de la dirección de las almas. Su firma es argumento de firme autoridad en el campo de la ciencia del alma, y el tema que encara en esta colaboración es de actualidad palpitante en nuestro medio. Porque también entre nosotros el celibato sacerdotal está sobre el tapete.

Nota de la Redacción

como medio para conseguir un fin. De la existencia —que no vamos a negar por ahora— de dificultades individuales, en el plano de las relaciones y en el terreno sexual, se llega a poner en tela de juicio, y aun a rechazar, un estado de vida. Implícitamente, ya que no explícitamente, se considera al celibato como a la fuente de la que se derivan los males que se han constatado, y al matrimonio como a remedio de ellos.

Es ésta, sin embargo, una afirmación que ponen en duda los datos actuales de la psicología y del psicoanálisis. Al reducir la cuestión que plantea a cada su realidad sexual a la dimensión de una disyuntiva entre dos estados de vida, se desconoce un problema más esencial aún, cuya solución está en manos de todo hombre comprometido en el sacerdocio o en el matrimonio, y que consiste en el reconocimiento y significación de su sexualidad.

Significado de la sexualidad

En nuestra época se ha realizado una profunda transformación en la concepción y apreciación de la sexualidad. Y esto se manifiesta de diversas maneras.

La sexualidad en el hombre no aparece ya como una necesidad más entre las otras. En cuanto ella es relación de sujeto a sujeto por la mediación del cuerpo, condiciona la apertura al "otro".

Ni accidental, ni secundaria, no tiene solamente la significación biológica de instrumento de la procreación, sino un sentido por relación a las personas que, en ella y por ella, progresan hacia una mejor realización de sí mismas. Así, pues, llegar a la verdad de su ser sexuado (no decimos tener satisfacciones específicamente sexuales) es para cada uno la realización de su humanidad.

La valoración actual

Al mismo tiempo que a este planteamiento asistimos hoy a una valoración de la sexualidad humana. Se habla cada vez menos, respecto al sexo, de cosas bajas, viles, vergonzosas, deshonestas. Ser sexuado en su cuerpo y en su psicología no es considerado como una tara. Dentro del cristianismo se descartan actitudes señaladas durante largo tiempo por el miedo a la mujer, y el miedo ante la sexualidad, para poner de relieve las enseñanzas de la Biblia sobre la unión sagrada del hombre y de la mujer en el matrimonio. Baste señalar, como señal de los tiempos, el desarrollo de los movimientos de matrimonios y una espiritualidad conyugal no exenta tal vez de excesivo lirismo.

Esto está a la orden del día y no deja de repercutir en la apreciación que se hace hoy en día del celibato consagrado. De donde urge situar bien a éste en su relación con el estado de matrimonio.

Pero nos reduciríamos a una visión parcial, y así no imparcial, de la idea contemporánea de la sexualidad, si destacamos tan sólo esta importancia y este valor.

Núcleo de enigmas, de problemas. Datos del psicoanálisis.

Mientras, en efecto, la sexualidad se nos va descubriendo en sus verdaderas dimensiones, se nos muestra cada vez más como un saco de enigmas, de discordancias, de problemas que no tienen fin. Basta echar una mirada lúcida sobre la vida real de las parejas y recoger los testimonios de la literatura actual y del cine, para caer en la cuenta que la promesa contenida en la sexualidad no llega a cumplirse. Cada uno es confinado a su soledad en el preciso momento que intenta evadirse de ella.

El psicoanálisis abre más rápidamente las puertas del enigma. Demuestra, por ejemplo, que una vida sexual totalmente absorbida por la búsqueda de satis-

facciones traduce una profunda inseguridad con respecto a su ser sexuado, como si se ensayara constantemente la verificación de una realidad de la que se duda. Demuestra también que la presencia obsesiva de imágenes sexuales no es de ningún modo, como se cree con frecuencia, prueba de un temperamento exigente, sino más bien síntoma de una sexualidad incapaz de realizarse en un mundo real. Podríamos añadir muchos más a estos dos ejemplos citados. Manifiestan la existencia de una discordancia entre las manifestaciones aparentes de la sexualidad y su realidad en la persona. Se puede descubrir una discordancia similar en la ausencia aparente de manifestaciones específicamente sexuales. Y se ha llegado a deducir que ciertos aspectos de la conducta —el apetito de dominar, por ejemplo— son manifestaciones disfrazadas, imposibles a veces de distinguir de una sexualidad que el sujeto no ha ni reconocido ni aceptado.

Según éste, el matrimonio no es solución al problema

No es la sexualidad humana como la animal. No se puede considerar que su realización vaya de por sí al ritmo de la maduración biológica. Es aquí donde el psicoanálisis ha descubierto una verdad de enorme alcance. El sujeto humano no llega a la verdad de su sexualidad sin antes pasar por un período (crisis de Edipo) durante el cual se ve urgido a renunciar a la posesión inmediata de ésta aceptando una deficiencia fundamental: es el padre quien tiene la verdad de la sexualidad. Entonces llega a esta verdad, de la que más tarde hará el uso que espera. Para entender esto pensemos en lo que pasa en el plano metafísico y espiritual con respecto al mundo. Sabemos de sobra que, renunciando a la posesión inmediata y sin frenos del mundo, al reconocer que éste es de Dios, llegamos a la verdadera posesión del mundo. Lo mismo sucede analógicamente cuando se trata de llegar a la verdad de la sexualidad. Cuando no existe este renunciamiento, se pierde uno en los impases, contradicciones e ilusiones de una posesión imaginaria.

Pero así como en lo espiritual el acto de "desposesión" es precario y permite la subsistencia de la apatencia de la posesión inmediata con todas las dificultades que entraña, así también en el dominio sexual el reconocimiento de la falla de la que hablábamos puede desaparecer, y de todas formas está en constante amenaza. Y esto sucede tanto en los casados como en los célibes. Así, pues, el psicoanálisis dista mucho de considerar al matrimonio como un remedio a un problema que no tiene nada que ver con el celibato, sino con la relación inmediata que el sujeto quiere tener con su sexualidad, como si no sucediera aquí como en otros campos, que por la muerte se va a la vida.

Con todo, el psicoanálisis tiene algo que decir sobre el celibato sacerdotal, o mejor sobre el hombre comprometido en el celibato. Y no es éso sólo lo que puede decir hoy. Parece mentira que haya habido que esperar hasta hoy para poder enunciar una verdad tan

sencilla: como todo hombre, el sacerdote también es un ser sexuado, y tiene la obligación de reconocer su sexualidad y llegar a su verdad. En él también la sexualidad puede perderse, disfrazarse, hacerse obsesión. El sacerdote no es un ángel. Y no va a resolver su problema ignorándolo y menos rechazándolo. Pero su posición de célibe no va a ser un obstáculo para que se lo pueda plantear y resolver. No teniendo el sustitutivo de las satisfacciones del matrimonio, percibe más fácilmente ciertos fallos. Encarado eventualmente con grandes dificultades, puede ocurrírsele pensar que el cariño de una mujer le pudiera curar, pero por su misma situación puede mejor entrever que la verdad de la sexualidad no consiste en la realización inmediata de las satisfacciones.

Otro problema derivado: ¿debe ser sexuado el sacerdote?

Por consiguiente, el problema de saber si es deseable que el sacerdote viva en celibato o en matrimonio descubre otro que le estaba subyacente: el sacerdote ¿debe ser, o no, sexuado? ¿Debe también él llegar a la verdad de la sexualidad? La respuesta no es dudosa hoy. Plantea ciertos problemas de educación y de formación a nivel de la sexualidad, pero no puede ser eludida.

¿Podremos, sin embargo, llegar a una respuesta satisfactoria? Estamos aquí en la situación de todo hombre. Herida desde el origen, la sexualidad queda herida para siempre en una forma u otra. Es pecar de romanticismo creer que el equilibrio perfecto, el ardor y el dominio de consuno, la entrega perfecta, existen en alguna parte. En todos hay nudos, dificultades, que nunca desaparecen por completo. Su reconocimiento, tras haberlo aceptado en la verdad, forma parte de la condición humana de la sexualidad.

Si miramos así las cosas, el problema del matrimonio o celibato para el sacerdote aparece menos agudo. Y lo será menos si somos conscientes de que las dificultades en el dominio sexual son, con frecuencia, la manifestación de un problema que se plantea en otros sectores de la personalidad.

La turbación sexual no está aislada de otros conflictos

En el hombre es frecuente que las tensiones intensas y las grandes luchas sean seguidas de impulsos sexuales. El fenómeno es corriente, tanto en el plano individual como en el colectivo. En términos psicofisiológicos, las manifestaciones sexuales, además de su significación específica, aparecen como un medio de descarga nerviosa después de los trastornos un poco fuertes sufridos por el organismo. Todos los psicoanalistas saben que no hay que considerar aislada a la turbación sexual y que ella es frecuentemente la expresión de otra cosa, es decir, de ciertos conflictos que pueden localizarse en un campo distinto. Y esto ocurre a todo hombre, tanto en el celibato como en el matri-

monio. No se plantea el problema tanto entre casados porque su situación les permite ciertas válvulas de escape, aunque el recurso a ellas puede degradar la unión en un simple medio. Se plantea, sin embargo, el problema tal como sucede a los que están en el celibato. Si existe entre ellos un buen porcentaje en los que el equilibrio personal y su vida espiritual ponen al abrigo de ansiedades y conflictos demasiado pesados, hay otros que se enfrentan, aun en el celibato consagrado, con dificultades de este género.

Conflicto del "personaje sacerdotal"

Sin querer dedicarnos a evocar los conflictos surgidos en situaciones particulares, queremos llamar la atención sobre la carga que hace caer sobre el sacerdote-hombre el "personaje sacerdotal", tal como se ha ido creando a través de los siglos por exigencia "del otro", particularmente en los ambientes católicos. ¿Cae-mos en la cuenta de lo que puede significar para un hombre el hecho de estar siempre "en representación"? Porque es sacerdote debe ejercer cada instante un control sobre sus gestos, su comportamiento, sus palabras, sus relaciones sociales. Separado, frecuentemente solo, siempre señalado con el dedo, no le es posible ser uno más. Numerosas confidencias nos hacen creer que esto está creando hoy una situación difícilmente soportada por muchos sacerdotes.

La historia señala que no siempre ha sido la cosa así. Cuando los clérigos constituían un orden en la nación, y cuando el sacerdote ejercía una función social, reconocida y necesaria, éste vivía, en gran parte, como las gentes de su tiempo. Se era bastante tolerante con sus costumbres. Los santos denunciaron con frecuencia los abusos, por de pronto, y luego la Iglesia tomó la iniciativa de un poderoso movimiento de reforma que produjo un clero fiel a su celibato y penetrado del sentido de su misión. Evidentemente que esto fue un gran bien. Pero el personaje sacerdotal acentuó sus trazos distintivos. La humanidad del sacerdote se midió por las exigencias de la dignidad, de una grave tiesura, de una separación en todo lo que concernía al "mundo profano". La exigencia espiritual se duplicó con la exigencia sociológica.

Y esto se agravó aún más por la incorporación, en los medios católicos, al sacerdote, de todo aquello de que se investía antes a los reyes, príncipes, etc. La necesidad de personajes sagrados, situados fuera de la condición humana ordinaria, no encuentra ya, después de la laicización de la sociedad, otros objetos sino el sacerdote. Así la cuasi-alienación del sacerdote en su humanidad está mantenida constantemente por la mirada que "el otro" fija sobre él. Se ha recargado al personaje sacerdotal, expresión del misterio y de la misión de la Iglesia en el corazón del mundo, con el peso de las exigencias menos razonables y aun infantiles de un medio social. Es en gran parte una creación sociológica. ¿Qué de extraño, pues, que el movimiento que empuja al hombre de hoy a realizar concretamente su humanidad, repercuta sobre el sacerdote y lleva a éste a sentir cada vez con mayor dureza el peso de la carga que se le ha impuesto sociológicamente?

¿Cómo ser hombre sin dejar de ser sacerdote?

No creemos que el problema del celibato sea el más arduo, pues, para un sacerdote con problemas. Nos parece más bien que no hace sino traducir un malestar que tiene que ver con su condición en la sociedad. Si se fija en el matrimonio, es porque éste se le muestra como símbolo de todo lo que le falta. Todo lo dicho intenta probar que hay allí un desplazamiento, una ilusión de óptica. Sin embargo, aún persiste la cuestión que se plantea el sacerdote con relación al hombre que él siente que no es. ¿Cómo puedo yo ser hombre sin dejar de ser sacerdote?

La respuesta no depende sólo de él. Implica también al ambiente que, después de haberle engendrado, educado, formado, le formula sus exigencias, le escucha, hasta le espía a veces. Es grande la responsabilidad del medio católico en las dificultades de ciertos sacerdotes. No se da cuenta de que pide del sacerdote que sea otro distinto, podable y cargable a capricho, reflejando una perfección que no es la suya, ubicado más allá de la humanidad. Ignora con frecuencia qué precio pagan a veces los sacerdotes por estas inhumanas exigencias.

Punto delicado: el retorno al estado laical

Hay un punto delicado que debemos abordar aquí. Y es el de los que, después de haberse comprometido en el sacerdocio y someterse a las obligaciones que lleva consigo, plantean la cuestión de un retorno al estado laical. No es necesario conocer perfectamente todo aquello a que uno se compromete para contratar un compromiso válido. Entra en la naturaleza de toda decisión sobre la vida llevar consigo un margen importante de imprevisible. Nuestros compromisos nos forman, tanto cuanto más proceden de nosotros. Por esto la Iglesia no concede este retorno sino en raros casos y por razones precisas. Y de ordinario no dispensa de la obligación del celibato. Se comprende que pueda temer que, al abrir un poco la puerta, le lluevan las peticiones. Hay, con todo, una dificultad que le queda al que ha sido reducido de esta forma al estado laical. Y consiste, menos en la frustración sexual en el sentido vulgar de la palabra, que en el peso del personaje que aún continúa gravitando sobre él. La obligación que le queda es señal del peso que

aún carga. Es evidente que llevaría a un matrimonio eventual los problemas que tuvo en la vida clerical. Del mismo paño son cortados los buenos sacerdotes y los buenos esposos, los esposos mediocres y los sacerdotes deficientes. Pero, como lo dijimos antes, las reivindicaciones sexuales de algunos son síntoma de un sentimiento de deshumanización, una urgencia a ser hombre como los demás. Sería tal vez posible escuchar esta exigencia y aun responder a ella en casos trágicos si, por otra parte, el conjunto de los fieles y los sacerdotes fueran más conscientes de que el matrimonio no es solución a un problema que plantea a cada uno el acceso a la verdad de la sexualidad.

Difícil doble situación sacerdotal

Se podría concebir, ciertamente, que en ciertos casos y para ciertas regiones la Iglesia latina aceptara un sacerdocio casado. Pero no sería sino para asegurar la existencia de sacerdotes en número suficiente y tenida en cuenta la flaqueza humana. De por sí, y cualesquiera que sean las razones de conveniencia legítimamente alegadas, el ministerio sacerdotal trasciende el estado de vida. Con todo, no podemos disimular que la existencia del sacerdocio en los dos modos de vida plantearía graves problemas prácticos. En todo caso la cuestión no es actual y tal vez nunca lo sea. Lo que es actual, por el contrario, y que peligraba que se ocultara, es la formación del sacerdote en cuanto ser sexuado, y en cuanto hombre, en su mismo celibato.

Psicología y Sociología, pistas para investigación común

Estas notas no pretenden tratar exhaustivamente una cuestión que toca tan de cerca a los sacerdotes, a los fieles y aun a los incrédulos. Pretenden situar mejor el problema que se plantea al sacerdote, no para declararlo resuelto sólo por el mantenimiento de la obligación del celibato, sino para señalar, por el contrario, que se plantea hoy con más claridad que nunca. Si nos hemos hecho fuertes en el terreno de la psicología y de la sociología, es porque estas disciplinas, de las que se nutren ciertas objeciones, son las que mejor sirven para iluminar el problema e indicar el sentido de una investigación común.